

**COMENTARIOS AL EVANGELIO DE SAN MATEO**  
**CAPÍTULO SEXTO: 3**  
**Padre Arnaldo Bazán**

***"Y cuando oren, no sean como los hipócritas, que gustan de orar en las sinagogas y en las esquinas de las plazas bien plantados para ser vistos de los hombres; en verdad les digo que ya reciben su paga. Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará"(6,5-6).***

Jesús nos enseña el valor de la oración silenciosa de alguien que está en verdadero contacto con Dios.

Ese fue también su ejemplo, como nos dicen los evangelistas, que en varias ocasiones nos hablan de Jesús orando, incluso, la noche entera (ver Lucas 9,19; 11.1; 6,12).

Esto no significa que El prohíba la oración en común. Por el contrario, nos dijo: ""Les aseguro también que si dos de ustedes se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguirán de mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos"" (Mateo 18,19-20).

Lo que a Dios no le gusta es que finjamos estar orando mientras nuestro corazón está en otro lugar. Ese "aposento" del que Jesús habla es, precisamente, nuestro corazón. Es desde allí que tenemos que dirigirnos a Dios. La oración que sólo sale de nuestros labios pero no del corazón, es nula.

Por supuesto que todo orante sabe lo difícil que resulta la concentración, pues nuestra imaginación, como decía Santa Teresa de Avila, es "la loca de la casa", de ahí que las distracciones son algo con lo que tendremos que luchar siempre.

Otra lección muy importante que nos da Jesús es que nuestra oración se debe dirigir, por encima de todo, a Dios.

Hay cristianos que se confunden con una y mil devociones que pueden fácilmente desviarlo de una verdadera comunicación con Dios.

La Liturgia, que debe ser nuestra maestra de oración, jamás se dirige a ningún santo, ni siquiera a la Santísima Virgen. Toda la oración litúrgica va dirigida al Padre, por medio de Jesús, en el Espíritu Santo.

Muchos años de ignorancia litúrgica trajeron apareada muchas devociones que la gente hacía al no entender lo que se decía durante la Misa, por ejemplo. Y de ahí que aparecieran toda clase de oraciones que, aunque aprobadas, no responden a la verdadera esencia de la oración, tal y como Cristo nos ha enseñado. Oremos con María y los santos, sin desviar nuestra atención a Quien debe dirigirse nuestra oración en primer lugar y por encima de todo.